



LA TIENDA, 1966

**Textos:**

*Manuel Lobo Cabrera.*

## LA TIENDA DE ANTONIO PADRON

Manuel Lobo Cabrera.

Viernes, 22 de julio de 2005.

20,30 horas. Museo en Gáldar

Nuestras ciudades y pueblos han albergado en su seno personas que bien de forma autodidacta o con formación han sentido la llamada de la creación. Las propias vivencias, el entorno en el que se mueven, el conocimiento de personas, la llegada a sus manos de literatura de todo tipo les ha animado a dar el paso para poder expresar mediante la palabra o la plasmación de sus ideas elementos creativos. Una de esas personas fue Antonio Padrón, que a través de distintos vínculos tanto personales como creativos se forjó en uno de nuestros más señeros pintores contemporáneos.

Su ida a Madrid, a la que acompañó el bagaje de su ciudad natal, y su período formativo de la mano de pintores como Vázquez Díaz, le permitieron forjarse su propia identidad que va a ir plasmando con su vuelta a Gáldar.

Su propios contactos en la isla, sus primeros pinitos prosaicos, su melancolía a, tan propia de su ser, le van a ir motivando hacia la consecución de procurar ir poco a poco retratando la vida, con la visión calmosa de todo, como si el mundo se parase tal como si fuera un modelo, para él retratar lo con sus pinceles. Así va ir poco a poco atrapando lo que se mueve en torno a su figura, con un regusto que nos acerca al grupo de pintores

de la escuela indigenistas. Los pintores de este movimiento le van a servir un poco de enlace con su pintura, enraizada con su tierra y con su lugar de origen.

A lo largo de la misma vemos como Padrón va visualizando nuestras costumbres y sobre todo lo cotidiano. Junto al exotismo de nuestros frutos, une nuestros signos de identidad tamizados con nuestro pasado indígena, tan presente en un lugar como Gáldar, a los que añade costumbres ancestrales campesinas.

Cuando plasma las figuras humanas se fija en los tipos campesinos, donde nos los muestras tanto de frente como de perfil, con manos y pies deformados por el trabajo manual y de la tierra; son figuras expresivas, simples, toscas, orientándose hacia una simplificación de los rostros plasmados por los autores de la Escuela Luján Pérez. Cuando se inspira en nuestros ídolos, conservados en el Museo Canario, los esquematiza y los humaniza para hacerlos presentes. No debemos olvidar que también este mundo indígena está presente en su ciudad, pero él le da el toque con la mezcla entre lo cubista y lo indigenista para presentárnoslos bajo formas geométricas, propias de las pintaderas.

Digamos que esos elementos son los que le motivan la inspiración, que luego pone a la vista a través de su técnica, en donde como diría Manolo Padomo, todos los colores pueden darse juntos. Su color es denso, con amplias gamas, que lo hacen cercano a lo que representa, mediante la mezcla de diferentes materias, uniendo lo natural de sus tierras, de sus pigmentos sacados de elementos naturales con la pintura al aceite comercial. De su paleta saldrán formas simples, a veces reducidas y otras

muy expresivas, hasta llegar incluso a darnos la impresión de lo abstracto a base de manchas de color.

Todo este proceso creativo, que hoy se custodia en el Museo que lleva su nombre, fue dado a conocer a la ciudadanía a través de distintas exposiciones, obteniendo algunas de sus obras premios.

Una de ellas, cuyo título según se me ha dado es "Tienda", pero que según otros catálogos se la menciona como "En el mercado", obra realizada en 1962 y expuesta en 1965 en la Casa de Colón, dentro de una muestra antológica, viene a ser la primera obra de una serie donde Antonio Padrón, apoyado en un pretexto argumental, el de una mujer de su pueblo que vende en el mercado, despliega toda su experiencia mediante un sentido riguroso de la composición, para desarrollar su extraordinaria facultad colorista, y construir con los diferentes elementos puestos a la venta una serie de figuras abstractas.

Desde mi particular punto de vista y con mi propia intuición, en este cuadro Antonio Padrón se nos muestra auténtico. La obra, y de ahí mi elección, resume todo el bagaje que se encierra en el cerebro y en el alma del pintor, pues va de lo costumbrista a lo científico, de lo cotidiano a lo general, de lo figurativo a lo abstracto, de lo sencillo incluso a lo más complicado.

La tienda, una obra de 75,5 x 90 cm., llama la atención en la primera visión por el color, un color que se mueve en los parámetros de su gama, roto solo por el fondo negro de la caja de sardinas, que cual abanicos se nos presenta, contrastando con los naranjas y acres de la tendera. El cuadro esta compuesto mediante divisiones paralelas, similares a las

frangas paralelas y geométricas de las pinturas de la Cueva Pintada, transformadas como si fueran las estanterías de una tienda de aceite y vinagre. En cada una de las mismas se nos presentan los artículos que sirven de reclamo a los futuros clientes, presentándonos como más cercana una de nuestras producciones agrarias, tan abundantes en esta zona norte como complemento a las fincas de plátanos, cual es ese papayo abierto con un color más intenso, que se atenúa con el fondo del mostrador y con lo que se muestra en la segunda fila: jareas, propias de nuestra tradición pesquera y de consumo, con una caja de sardinas importadas. La fruta en oposición al conducto, que se prolonga en la tercera fila con unos cebollinos con hoja y un cajón de papas o de huevos, pues tanto por el color como por la forma pueden ser lo uno o lo otro.

En el cuadro domina por doquier la geometría que permite congelar por unos instantes, cual de una fotografía se tratase, el momento en que la mujer atiende al algún cliente, cual se muestra en el acto de envolver en papel, marcado por el blanco, una sardina. En cada una de las frangas Antonio Padrón juega con formas geométricas y con volúmenes todos diferentes dividiendo el cuadro en dos, donde el círculo sirve para separar lo humano de la materia. La mujer figura ataviada a la usanza de nuestras campesinas, simplificando las formas, de tal suerte que el cuello parece una recreación del ídolo de Tara adornado con un pañuelo amarillo, iniciado con el filo del zagalejo que la mujer lleva debajo de un traje simple, casi camisero.

Con ello Padrón ejemplifica no solo todo su bagaje creativo, sino su todo su aprendizaje, el que fue mamando en Canarias y el que le permitió conocer de sus maestros en Madrid. Nuestro pasado indígena, nuestras

costumbres, nuestras gastronomías se dan la mano gracias a la intensidad y variedad de los colores, dentro de una variación de un color, a la manera de componer, y a la capacidad de sintetizar un elemento cotidiano y al alcance de sus paisanos para convertir lo en arte.

Manuel Lobo Cabrera  
Rector de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria